

Está observado que estas montañas secundarias se hallan por lo mismo mezcladas entre las montañas primitivas, y parecen compuestas de los despojos de aquellas. Así que el sistema que atribuye la formación de las montañas en general á las aguas del mar, se encuentra ya plenamente refutado, y es un hecho que el mismo M. Buffon se ha visto obligado á reconocer contra su primer modo de pensar, pues que en sus *Épocas de la naturaleza* ha distinguido también dos especies de montañas en lugar que en su *Teoría de la Tierra* las creía formadas en general por las aguas.

Convienen, pues, estos dos grandes físicos en suponer, que las aguas han permanecido sobre nuestro hemisferio muy largo tiempo para fundar entre las montañas primitivas las montañas secundarias. Pero M. de Luc sostiene y prueba que el mar no se ha retirado de encima de nuestro continente por un movimiento progresivo y lento de las aguas, sino violentamente según debió suceder en el *diluvio*. Según esta hipótesis, el suelo que nosotros habitamos en el día, no es el que habitaban los hombres antes del *diluvio*: Dios le destruyó por la inundación, y Moisés lo dió así á entender cuando puso en boca del Señor estas palabras: *Yo destruiré los hombres con la tierra. Gén., vi. 13.*

Si nos es permitido contradecir á hombres tan doctos, observaremos que las palabras del texto pueden significar solamente, *yo destruiré los hombres sobre la tierra*: este sentido parece el mas verdadero, pues en la descripción del paraíso terrenal, Moisés nombra cuatro ríos grandes que subsisten todavía despues del *diluvio*. No es pues absolutamente verdadero que los hombres antediluvianos hayan habitado un suelo enteramente diferente del que vemos en el día. Por otra parte la suposición de montañas de agua formadas por las aguas del mar, de cualquiera manera que sea, no nos parece ni probado ni probable.

1.º No está probado que las materias vitrificables (simplamente vitrificables por medio de la acción de las aguas puedan mudarse en materias calcáreas; lo contrario nos parece que suponen todos los físicos: no se puede pues percibir que de los escombros de las montañas primitivas compuestas de materias vitrificables se hayan formado las montañas secundarias de materias calcáreas: habrían quedado allí por lo menos algunos montones de arena pura: ahora bien; se conocen cadenas enteras de montañas en las cuales no se halla nada de arena, tales como el monte Jura. 2.º En toda la cadena de los Vosges, que es bastante larga y toda compuesta de mate-

rias vitrificables, no se han observado todavía montañas compuestas ó mezcladas de materias calcáreas. Si nunca hubieran estado cubiertas por el mar, las aguas hubieran debido trabajar allí como en cualquier otro punto. 3.º En un partido de los Vosges las canteras de piedra de arena están tendidas en capas tan regulares y colocadas tan horizontalmente como los bancos de piedras calcáreas en otros sitios; algunas aun se alzan en hojas bastante delgadas: esta posición no prueba la operación de las aguas. 4.º El porfido de Egipto, materia vitrificable, que está extendida en capas, parece á muchos físicos erizado de puntas de esquinó: si ha sido formado por las aguas, su naturaleza no ha cambiado por eso, porque no han podido hacerse calcáreas. 5.º No es posible que las aguas hayan podido disponer las materias de las montañas en capas perfectamente horizontales hasta la cumbre. Se concibe acaso que las aguas hayan colocado las primeras capas de las montañas? Antes bien desde que la superficie de una cama ha comenzado á hacerse convexa, es necesario que la convexidad de las siguientes se aumentase todos los días para formar por último una cima de montañas aislada ó un cono; sin esto no se hallaría ninguna en forma de pico ó de terron de azúcar.

De todo esto concluimos, que es mucho mas sencillo atenernos al hecho del *diluvio* universal atestiguado por la Historia Sagrada, confirmado por la antigua tradición de los pueblos y por la inspección del globo, que recurrir á hipótesis muy inciertas que no pueden dar razón de todos fenómenos. No estamos dispuestos á condenar los esfuerzos de los físicos para explicar la narración de los libros santos y para que concuerden en cuanto es posible con las observaciones de la historia natural; por el contrario les aplaudimos, aun cuando sus hipótesis nos parezcan insuficientes y defectuosas. Pero no puede censurarse bastante el encaprichamiento de los incrédulos, que están siempre dispuestos á abrazar ciegamente un sistema en cuanto les parece que contradice á la Historia Sagrada. En ninguna ocasión han manifestado mas esta disposición viciosa que cuando se ha tratado del *diluvio*.

Dimeritas. V. APOLIARISTA.

Dimesas. Congregación de mujeres establecida en el estado de Venecia. Tuieron por fundadora á Dejanira Valmarana, en 1572. Admitían solteras y viudas, pero era preciso que estuviesen libres de todo empeño, aun de la tutela de sus hijos. Tenian propiamente hablando cinco años de pruebas; no hacían ningún voto; iban vestidas de negro ó de una

tela oscura, y se ocupaban en enseñar el catolicismo á las niñas, y servir á las mujeres en los hospitales.

Diócesis. Es la extensión de la jurisdicción de un obispo. Aunque la división de la Iglesia cristiana en diferentes *diocesis* sea un objeto de disciplina, parece que es de institución apostólica. Véase APOSTÓLICO. S. Pablo prescribe á su discípulo Tito el establecer pastores en las ciudades de la isla de Creta, y aunque los designa bajo el nombre de *presbíteros*, siempre se ha entendido que eran obispos. *Tit., i. 5.* Esta división era necesaria para que cada obispo pudiese gobernar y conocer su rebaño particular, sin ser inquietado ó perturbado por otro en sus funciones. V. * CONSTITUCIÓN CIVIL DEL CLERO.

Es constante que la división de las *diocesis* y de las provincias eclesiásticas se hizo desde el principio, con relación á la división y extensión de las provincias del imperio romano, y de la jurisdicción del magistrado de las ciudades principales; esta analogía era igual bajo todos aspectos. Pero despues las circunstancias hicieron que se arreglaran de otra suerte.

La mayor parte de los críticos protestantes han disputado para saber cuál fué el principio la extensión de la jurisdicción inmediata de los obispos de Roma: disputa bien inútil, por no decir otra cosa. Aun cuando no hubiesen tenido desde el principio una jurisdicción tan extensa como luego sucedió, habria sido necesario atribuirselas para conservar un centro de unidad en la Iglesia, principalmente cuando el imperio romano se dividió en muchos reinos. Leibnitz, hombre sensato, conviene en que la suision de una *diocesis* á un solo obispo, lade muchos obispos á un solo metropolitano y la subordinación de todos al soberano pontífice, es el modelo de un gobierno perfecto.

Dionisio (San) Areopagita. Se dice en los *Hechos de los apóstoles*, xvii, 34, que predicó S. Pablo en la ciudad de Atenas, convirtió á Dionisio el Areopagita y á algunos otros. Eusebio, *Hist. ecclés., l. 3. c. 4, y l. 4. c. 23*, nos da noticia de que este discípulo del Apóstol fué creado obispo de Atenas, y es opinión constante que padeció martirio. Se le ha confundido por espacio de mucho tiempo con S. Dionisio, primer obispo de Paris, habiendo sostenido muchos autores que este era el Areopagita; pero en el día todos convienen en que estos dos varones no vivieron en la misma época, pues el uno murió á fines del siglo I, y el otro hacia mediados del III.

No está menos averiguado que las obras que corren con el nombre de S. Dionisio el Areopagita no son de este santo obispo de

Atenas, ignorándose cuál sea el verdadero autor. Los mismos críticos están discordes acerca del tiempo preciso en que comenzaron á aparecer: quien piensa que fueron compuestas antes del siglo IV; quien que lo fueron al principio del V; no faltando algunos que sostienen que pertenecen al siglo VI. El primer escrito auténtico en donde se hace mención de estas obras es la conferencia que se tuvo el año 532 en el palacio del emperador Justiniano entre los católicos y los severianos, citándolas estos en su favor y sosteniendo los católicos su ortodoxia; y desde aquel tiempo han alegado su autoridad muchos PP. de la Iglesia. La Croze habia pretendido probar que el autor de estas obras era Synesio, obispo de Ptolemaida; empero Brucker, *Hist. de la filosofía, t. 3. p. 307*, ha refutado esta opinión, y cree que es producción de un filósofo de la escuela alejandrina posterior á Synesio. En el oculto no fueron conocidas estas obras hasta el siglo IX. Miguel el Bègue, emperador griego, envió el año 824 á Luis el Debonario una copia de ellas, el cual las hizo traducir en latin, y han llegado á ser célebres en la Iglesia latina desde aquel tiempo; creyéndose erróneamente que habian sido en realidad compuestas por el discípulo de S. Pablo, y que era el mismo S. Dionisio, obispo de Paris. La última y mejor edición de estas obras que ha salido á luz es la de Paris, año de 1634, en dos volúmenes en folio, en griego y en latin. Se componen de cuatro tratados: el primero, de la *Gerarquía celestial*; el segundo, de los *Nombres divinos*; el tercero, de la *Gerarquía eclesiástica*; el cuarto, de la *Teología mística*; y diez cartas á diferentes personas. El mas útil es el de la *Gerarquía eclesiástica*, porque el autor refiere allí los ritos y ceremonias que estaban en uso en su tiempo, y se ve por ellas que en aquel tiempo todavía se observaba el secreto de los misterios. Hé aquí por qué este libro desagradó á los protestantes.

Pero el que mas ha exaltado la bilis de ellos ha sido el *Tratado de la Teología mística*, porque han dicho de el todo cuanto mal han podido. Si les hemos de dar crédito, el autor es un platónico fanático, que ha introducido en la teología cristiana el lenguaje ininteligible del platonismo; que en lugar de la religion razonable del Evangelio ha contribuido á que los que tienen una imaginación viva y un espíritu melancólico adopten una devoción quimérica, habiéndose llegado á persuadir que el mejor medio de elevar el alma á Dios es la extenuación del cuerpo con ayunos, vigiliias, súpplicas y maceraciones, y que la perfección

crisiana consiste en una ociosa contemplación: doctrina absurda, dicen ellos, que ha desfigurado el cristianismo y ha producido abusos infinitos en la Iglesia. Por lo que á nosotros atañe, nos parece que esta declamación tiene no poco del mismo fanatismo que se critica en el pretendido Aroepagita. Sin embargo, así hablan Bruckner, Mosheim y su traductor. A lo menos no era necesario añadir que la confusión de S. Dionisio de París con el Aroepagita ha causado una impresión tan profunda en el espíritu de los franceses, que nunca han podido desengañarse. Es constante que nadie ha escrito con mas valentía contra esta opinión que los franceses, y que nadie se acuerda en Francia de sostenerla. *Tillemont, t. 4, p. 710.*

Otra injusticia comete el traductor de Mosheim añadiendo de su cosecha que el monje Hilduino inventó esta fábula con un atrevimiento sin igual. Hilduino ha podido errar sin intención de hacer caer á los demás en el mismo error: la sola semejanza del nombre ha bastado para confundir estos dos personajes tan distinguidos: la ignorancia y la falta de crítica no prueban la mala fe. Aun cuando Hilduino hubiera sido el primer escritor de esta fábula, no se seguiría que fuese su autor.

Dios. Entendemos con esta palabra el criador y gobernador soberano del universo, legislador de los hombres, vengador del crimen y remunerador de la virtud.

* [Ya hemos indicado, véase *CAVANO*, cuáles son las diferentes pruebas de la existencia de Dios. Insistiremos en este momento en dos de aquellas, demostrando que la existencia de Dios se manifiesta: primero, por la fe del género humano; segundo, por el orden y las bellezas de la naturaleza.

Primera prueba. La fe del género humano es que hay un Dios: esta creencia trae su origen de la naturaleza y de la mas pura razón; por último, nada mas frívolo que lo que el ateo inventa para explicarla: tal es la argumentación de M. Frayssinous.

La creencia del género humano es un hecho que se prueba con testimonios.

Abundan pues sobremanera para establecer que en la antigüedad no hubo un solo pueblo que no estuviese penetrado de un conocimiento mas ó menos explícito de la Divinidad. «Extendidos los ojos sobre la superficie de la tierra, dice Plutarco (*Cont. Colot. Epicur.*), podréis encontrar ciudades sin fortificaciones, sin letras, sin magistratura regular, pueblos sin habitaciones distintas, sin profesiones fijas, sin propiedades, sin el uso de

monedas, y en la ignorancia mas completa de las bellas artes; pero no encontraréis en ninguna parte una ciudad sin el conocimiento de la Divinidad.» Ciceron (*Tusc. quest.*, l. 1, n. 13) y Séneca (*Epist.* 117) emplean el mismo lenguaje. La fe en la Divinidad era tan universal entre los antiguos, que Lucrecio (*De rerum nat.*, l. 1, § 63) felicita á Epicuro, su maestro, por haber sido el primero que se atrevió á luchar contra el género humano, y levantar la cabeza en medio de los pueblos encorvados, decía, bajo el yugo de la superstición. No es esto todo: aun cuando los antiguos hayan estado sumergidos en las supersticiones mas ridiculas y monstruosas, y hayan poblado la tierra y los cielos de una multitud de divinidades quiméricas, el conocimiento de un Ser Supremo, de un Dios soberano, Señor de los demás dioses, así como de los hombres, se encontraba extendido entre los sabios y aun entre el vulgo mucho mas de lo que se cree comunmente. Los filósofos mas afamados, aun cuando por temor ó por política reverenciaban á los dioses populares ó nacionales, reconocían la grandeza prepotente del que habia presidido á la formación deste universo. Los poetas y oradores, de acuerdo con los filósofos, han celebrado el poder del regulador supremo de las cosas humanas; este es el lenguaje de Homero, de Hesiodo, de Horacio, de Virgilio y de Ovidio, y en la *Teogonía*, l. 8, se leen estas palabras de Júpiter á los habitantes del Olimpo: «Colgada una cadena de oro de la bóveda celeste; que todos los dioses y diosas cogidos á esta cadena unan sus esfuerzos: jamás podran arrastrar hácia la tierra á Júpiter soberano. Yo arrebataré, si quiero, la cadena y los dioses, la tierra y los mares: ataré en seguida la cadena en la cima del Olimpo, y todo permanecerá asido de ella; ¡todo mi poder sobrepaja al de los hombres y al de los dioses!» Añadamos con Frayssinous: «El crimen de los idolátras era el no rendir al Dios verdadero un culto santo y puro: prostituir los honores divinos, dirigiéndolos á genios malhechores, á divinidades subalternas y engañadoras; é imaginarse que la piedra y la madera amoldadas por un cincel, que un animal, una planta envolvían alguna divinidad oculta. Pero en medio de este conjunto de supersticiones y del fango de los vicios, el pueblo se elevaba de cuando en cuando á la idea de la majestad suprema de un Dios, no digo unico, sino superior á todos los demás dioses. Los apologistas de la religión han hecho en otro tiempo la misma observación. Me limitaré á citar á S. Cipriano, que en su tratado de *la Familad de los idólos*

observa, que el vulgo confiesa á veces al verdadero Dios, cuando por un movimiento natural exclama: ¡ Oh Dios, Dios lo ve, yo lo reconociendo á Dios! *Oh Deus, Deus videt, Deo commendo!* Si muchas veces, hablando de la Divinidad, excluía la pluralidad de ella, se la llamaba simplemente Dios: y esto es lo que Tertuliano en su *Apologético*, c. 17, llama enérgicamente el testimonio de un alma naturalmente cristiana.»

No abundan menos los testimonios para establecer, que no hay un solo pueblo de las edades modernas en el que no se encuentre el conocimiento de la Divinidad. Si no se entreven entre las hordas salvajes mas que los lineamientos informes de religión, si su creencia es muy grosera, al menos no es un problema; y la creencia de Dios es tan conforme á la naturaleza razonable, que ha penetrado hasta el mismo seno de la mas profunda ignorancia y de la ferocidad misma. A los que entre los letrados chinos han querido hacer una sociedad de ateos, el P. Parem (*Lett. edif.*, t. 21, p. 493), responde: «Siempre me ha parecido que los que han acusado á los letrados chinos de ateísmo, no han tenido otra razon para asegurarlo en público, que el interes de la causa que tenían que sostener. No he visto todavía á un chino que fuese ateo en la práctica. Puedo añadir que es muy pequeño el número de los que han querido aparecer como ateos; y si algunos han tratado en sus libros de explicarlo todo físicamente, sin recurrir á un Ser Supremo, autor de todas las cosas, se quejan de que sus sentimientos, lejos de ser seguidos, son abandonados por los letrados.» Los sacrificios que los letrados ofrecen á lo que ellos llaman el espíritu del cielo, anuncian por lo menos una noción confusa de la Divinidad, porque seria demasiado absurdo dirigir votos y homenajes á la nada, á un ser sin vida y sin inteligencia.

La creencia universal del género humano con respecto á la existencia de Dios establecida de esta suerte, ¿qué origen tiene? Una doctrina que siempre ha marchado delante de todos los tiempos conocidos por la historia, subyugado á los sabios y al pueblo, triunfado de todas las revoluciones que han conmovido la faz de la tierra, que se ha encontrado en la horda salvaje como en la nación civilizada siempre subsistente bajo las formas diversas del culto; esta doctrina, única, antigua, universal, constante, tiene una causa constantemente universal, es la voz de la razon y de la verdad. Que por las preocupaciones y las pasiones se expliquen los errores que han desfigurado el fondo de esta doctrina, lo com-

prendemos; así, que el hombre haya imaginado falsamente dioses corporales, es un error de los sentidos; que el hombre haya multiplicado falsamente la Divinidad, es el error de su debilidad; que el hombre haya imaginado falsamente dioses incorpóridos, es el error, el interes de sus pasiones. Pero el fondo mismo de la creencia es inexplicable de otra suerte que por la razon. «Si, dice M. Frayssinous, está en la naturaleza del hombre el creer en Dios, como está en la naturaleza de un hijo el conservar para los autores de sus dias los sentimientos de reconocimiento y de amor. Trátese de persuadir á un hijo que está dispensado de amar á su madre; la naturaleza lo repugna, su primer movimiento es huir espantado. Si escuchas á un sofista, el estudiante podrá amortiguarse por un instante, pero no se extinguirá; y al salir de esta conferencia espantosa, el hijo, completamente horrorizado de haberle dado oídos, irá á arrojarlos á los brazos de su madre para darle pruebas de amor; que un ateo venga á predicarme su doctrina; el buen sentido se estrecomerá, si yo escucho sus argumentos: su tenebrosa metafísica podrá oscurecer mis ideas, pero al separarme de él miraré al cielo, entraré en el fondo de mi corazón, y encontraré en él al Dios que el impío ha tratado de arrebatarme.»

La frivolidad de las causas inventadas por los ateos para explicar la creencia del género humano prueba sobradamente que viene de la razon misma. Suponen gratuitamente un estado primitivo de ateísmo desmentido por la historia, y del cual dicen que dimana la religión por el miedo, la política y el interes de la sociedad.

Pero si el miedo hubiese sido el motivo determinante de la creencia del género humano, no habrían debido imaginar sino dioses malhechores, y no obstante se adoran dioses tutelares. No hubieran recordado los dioses sin celo con tristeza, y sin embargo, cuántos regocijos en su honor! El miedo, dicen, hace los creyentes: mas bien hace los impíos; es preciso valor para ser virtuoso; el hombre es vicioso porque no tiene fortalezapara ser bueno.

En segundo lugar, si la política hubiese revelado al género humano la existencia de Dios que ignoraba antes, se hubieran encontrado vestigios de esto en la historia. Ahora bien; la historia nombra á Numa, á Solon, Licurgo, Mimos y Zaleuco como legisladores, pero también admite que todos encontraron á los pueblos en posesion de creer en la Divinidad. Por lo tanto la política no inventó la religión, así como tampoco la palabra y la humanidad.

En tercer lugar, confiesan los ateos que la doctrina de la existencia de Dios es útil, por lo mismo que pretenden que el interés social la haya inventado. Si es útil, ¿de dónde proviene que tratan de desarraigarla? Pero mis vanos y odiosos sistemas pasarán, mientras que la fe de un Dios, arbitro supremo de todas las cosas, se perpetuará entre los hombres. No solo es útil sino necesaria á la moral que sanciona, á la sociedad que protege, al desgraciado á quien da la esperanza, á los felices á quienes pone alerta contra el abuso de su prosperidad, á las necesidades de nuestro corazón, que el ser infinito puede solo llenar, á las letras y á las artes que inspira, porque el ateísmo es la tumba del talento así como de la virtud.

Segunda prueba. Existen nociones de orden y de belleza en todos los entendimientos, aun los mas vulgares. Segun estas nociones, es fácil á cada uno el conocer que hay orden y belleza en este mundo visible. Este orden y belleza no pueden explicarse sino por la acción de una causa inteligente, que es Dios.

Que el hombre lleva en el fondo de su corazón un sentimiento profundo del orden y de lo bello, como de lo honesto y de lo verdadero, lo comprueba la mas sencilla observación. Las nociones de orden y belleza son mas ó menos perfectas, mas ó menos desarrolladas segun el grado de inteligencia y de instrucción. Sin embargo, en todas partes se manifiesta siempre la noción primitiva de lo bello, y permanece constante en todos los hombres la idea de que allí donde se encuentra una disposición, un concurso de partes hácia un fin comun, allí se encuentra el orden.

Pues bien: que hay orden y belleza en este mundo visible está al alcance de todo el mundo, segun estas nociones primitivas. En la naturaleza todo se encadena, es una máquina inmensa, en la cual brilla tanto mas el orden cuanto que cada rueda tiene su destino especial, y al propio tiempo su destino con relacion al conjunto. Considerad al hombre en particular, no es mas que un punto apeñado apercibido en el espacio, y sin embargo es un centro á donde todo viene á dar. La naturaleza es tan bella, los hombres poseen de tal suerte el sentimiento de su belleza, que todos sus esfuerzos tienden á reproducirla, y el triunfo del ingenio es imitarla.

Pero el orden en un efecto supone inteligencia en su causa. Si es indispensable una inteligencia para componer una esfera artificial que presente los movimientos celestes, no concebimos por qué no haya sido necesari-

ria una inteligencia para disponer las esferas reales que ruedan en los cielos.

«Parce, dice Mr. Frayssinous, que los ateos de nuestros dias se han avergonzado de atribuir la formación del mundo acaso: han conocido que en la realidad el acaso no es nada... Nuestros ateos, cesandole invocarlo, han hecho gran ruido, con lo que llaman la *naturaleza*, la *necesidad*: hé aquí sus dioses, que no son menos quiméricos que los del paganismo.

» Y desde luego les diremos: ¿qué entendéis por la naturaleza? Si entendéis una naturaleza sabia, previsora, que todo lo dispone segun un plan concertado de antemano, cambiáis la palabra conservando la cosa: esta naturaleza es la causa inteligente que buscamos, es Dios. Pero no, para ser consecuentes, no debéis designar por la palabra naturaleza la universalidad de los seres, la colección de todo lo que existe, el gran todo, el universo, en una palabra, el mundo. Pues bien, decir que el mundo es el autor del orden del mundo, es visiblemente no decir nada. Me hablaréis de la energía de la naturaleza, de atracción, de impulsión, de repulsión, de afinidad; veo bien allí las reglas de todo esto, pero yo pregunto: ¿en dónde está el regulador? Yo veo en ella medios de orden: pero lejos de excluirlo, suponen un ordenador.

» En vano invocareis la necesidad.... ¿Pretendéis que el orden actual del mundo existe necesariamente, por sí mismo y por toda una eternidad? Pero entonces la voz de la tierra entera se levanta contra vosotros: antiguos y modernos filósofos y pueblos, ateos y creyentes, todos están de acuerdo para decir que el mundo no siempre ha sido lo que es; y la tradición del caos primitivo, de donde salió por último el universo con todas sus maravillas, se ha conservado en todos los pueblos. ¿Pretendéis que por lo menos el orden actual de las cosas es el resultado necesario de las leyes mecánicas de este mundo visible? Pero yo pregunto: ¿quién ha establecido las leyes primordiales tan fecundas en resultados maravillosos? Yo pregunto: ¿quién ha presidido á sus combinaciones, y de dónde provienen esos principios de orden, que al desarrollarse formaron y conservan aun el universo? Así, por mas que supongais en la naturaleza movimientos y combinaciones sucesivas, de donde salen los fenómenos que tenemos á la vista, y que nos arrebatan de admiración, siempre será necesario que lleguemos á una causa primera eficiente de este bello orden, que hiere nuestros ojos.... Allí en donde se encuentra unidad, me es necesari-

rio un principio autor y conservador de esta unidad.

«Quisierais explicar el mundo presente por las alteraciones y transformaciones independientes de la acción primitiva de una causa inteligente.... En el mundo físico, suponed cuanto querais, soles que se apaguen y soles que se enciendan, choques y trastornos en la naturaleza, mundos nuevos saliendo de los escombros de un mundo antiguo: construid sistemas sobre las relaciones y progresos de las transformaciones sucesivas; siempre será indispensable de efecto en efectos, de fenómeno en fenómenos, remontarse á un regulador anterior á todas estas combinaciones. Prolónguese indefinidamente la cadena de los seres, será preciso por último llegar al punto fijo que la tiene suspendida.»

Siendo indispensable recurrir á un ser distinto de este mundo, que haya sido su ordenador, los ateos convendrán sin trabajo, en que, para haber dispuesto tan maravillosamente todas las partes de este inmenso universo, le era indispensable una inteligencia, un poder, una sabiduría, una prevision que superan á todos nuestros pensamientos; que sus perfecciones no pueden tener límites; que es el Ser perfecto; en una palabra, que es Dios. V. ATEO.]

Dejamos á los filósofos el cuidado de probar la existencia de Dios por los raciocinios que puede suministrarlos la luz natural: el deber nuestro es manifestar que Dios no aguardó á las investigaciones de la filosofía para darse á conocer á los hombres; que las pruebas filosóficas no son exactas y sólidas, sino cuando están conformes con las nociones que nos suministra la revelación, y que los filósofos no han hecho mas que deletrear, en comparación de los escritores sagrados. Estos nos dan las pruebas no solo de la existencia de Dios, sino de su unidad y atributos; de lo que resulta que Dios mismo es el que se ha dignado revelarse á los hombres.

I. La primera verdad que nos enseñan los libros sagrados es el fundamento de todas las demás. *Al principio crió Dios el cielo y la tierra.* Luego Dios estaba solo, nada existía fuera de él, es eterno: ¿cómo hubiera podido empezar á ser aquel antes del cual nada existía?

Si ignoramos en qué sentido es Dios *criador*, el autor sagrado nos lo enseña: Dios obra por solo su querer, dice: *Hágase la luz, y la luz fué hecha.* En este caso no puede haber ninguna equivocación.

Hé aquí la base de todas las demostraciones de la existencia de Dios, la necesidad

de un criador, de un primer principio de todas las cosas; de aquí se deducen, por otras tantas consecuencias evidentes, los atributos de Dios, atributos que no convienen ni pueden convenir sino á él. Los filósofos los desconocieron, porque rechazaron la idea de *creación*.

Dios, al criar el universo, dió impulso á todas sus partes; sopla las aguas, hace girar los astros, da por el movimiento la vida y fecundidad á toda la naturaleza; por esto concebimos la inercia de la materia y la necesidad de un primer motor.

No solo crea Dios, sino que arregla y pone en orden lo que hace; no obra con la impetuosidad ciega de una causa necesaria, sino sucesivamente con reflexión, libremente y por elección: la sabiduría preside á su obra, declara que *todo es bueno*, por esto prescribimos la necesidad de una inteligencia soberana para establecer y sostener el orden físico del mundo.

Dios no solo crea cuerpos inanimados y pasivos, sino tambien seres animados y activos, que tienen en sí mismos un principio de vida y de movimiento; los manda crecer y multiplicarse. En virtud de este mandato supremo las generaciones se suceden, la vida se perpetúa y la naturaleza se renueva. De Dios viene la vida y la fecundidad. La materia atacada por la podredumbre jamás será por sí misma un principio de vida y de reproducción, y á despecho de las visiones filosóficas, nada nacerá sin que provenga de un germen creado por Dios.

«Saldrá del seno de la materia el ser pensador? No, es la obra maestra de la sabiduría del Criador: *Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza, y que presida á la naturaleza entera.* Hombre, hé aquí el origen de tu grandezza y de tus derechos: si tú lo olvidas, la filosofía te colocará al par de los brutos sujetos á tu imperio. Mira si quieres preferir sus lecciones á las del Criador.

Dios no habla á los animales, sino al hombre; le impone leyes, le da una compañera, y le manda mirarla como á una porción de sí mismo. Los bendice, los concede la fecundidad y el imperio sobre los animales: así empieza con el género humano el gobierno paternal de un Dios legislador. De esta ley primitiva se deduciran despues todas las leyes de la sociedad natural, doméstica y civil que Dios acaba de formar.

Para completar su obra, Dios bendice el *séptimo dia y le santifica*; bien pronto vemos á los hijos de Adán ofrecer á Dios las primicias de los dones de la naturaleza: la religion

empieza con el mundo, y *Dios* es su autor.

Nos atrevemos á desafiar á todos los filósofos antiguos y modernos para que encuentren, no digo mejores demostraciones que estas, sino alguna demostración de la existencia de *Dios* que no dependa de estas. La necesidad de una causa primera y de un primer motor; de una inteligencia soberana para establecer y mantener el orden físico del universo; de un principio que da la vida, la fecundidad, el sentimiento á los seres animados; de un espíritu criador de las almas, autor de las leyes, de la moral y de la religión; de un juez equitativo, remunerador de la virtud y vengador del crimen. Tales son las lecciones que *Dios* había dado á nuestros primeros padres: no fueron escritas hasta dos mil y quinientos años despues; pero *Dios* las había esculpido sobre la faz de la naturaleza, y Adán, que las recibió, daba testimonio de ellas á la edad de noventa y treinta años.

Desafiamos tambien á los filósofos á que inventen un plan de instrucción mas propio para dar á conocer los atributos, los designios, las operaciones de *Dios*, la naturaleza, el destino y las obligaciones del hombre; mas capaz de prevenir todos los errores, si los hombres se hubiesen conservado fieles para guardarlas y seguirlas. Una vez extraviados, la filosofía jamás pudo anudar la cadena de estas verdades preciosas; ha sido necesario una nueva revelación para disipar las tinieblas en que se había sumido voluntariamente la razón humana.

II. De la noción del *Criador* deducimos, por una cadena de consecuencias evidentes, todos los atributos esenciales de la Divinidad, todas las perfecciones de *Dios* que los filósofos conocieron tan mal.

4.º Desde luego se deduce que *Dios* es increado, que no tiene ninguna causa, ningún principio exterior de su existencia; existe por sí mismo, por la necesidad de su naturaleza; es el atributo que los teólogos llaman *aseidad*, y lo mismo que la *eternidad* en su sentido mas lato, que no tiene principio ni fin. *Dios* mismo se caracterizó de esta suerte, diciendo: *Yo soy el Ser*, Ego JEHOVAH; *este es mi nombre para la eternidad*. Exod., II, 14 y 15. En vano trataríamos de concebir la *eternidad*; ya sucesiva, ya sin sucesión, es lo infinito, y nuestro entendimiento es limitado; pero ya hemos demostrado este atributo del *Criador*. V. *Criador*.

5.º *Dios*, que no es limitado por ninguna causa, no puede serlo por ningún tiempo, por ningún lugar ni en ninguna de sus perfec-

ciones: es infinito en todos sentidos, *inmenso* lo mismo que eterno.

3.º El *Criador* es *espiritu*, porque lo ha hecho todo con la inteligencia y por su voluntad: no tiene cuerpo, porque todo cuerpo es esencialmente limitado: todo ser limitado es contingente, un cuerpo no puede ser eterno. Hubiera sido preciso que *Dios*, espíritu, criase su propio cuerpo, y esto sería un obstáculo mas bien que un auxilio para sus operaciones. La Escritura, á la verdad, parece que muchas veces atribuye á *Dios* miembros y acciones corporales, pero es porque no es posible hacerlos concebir de otra suerte la acción de un puro espíritu. Véase ANTHROPOLOGIA.

4.º *Dios*, puro espíritu, es un ser simple, exento de toda composición, perfectamente único; una distinción real entre sus atributos los supondría limitados. No obstante, nuestro débil entendimiento se ve obligado á distinguir en *Dios* diversos atributos, para formarnos una idea menos perfecta por analogía con las facultades de nuestra alma; en la naturaleza divina todo es eterno; no se pueden suponer en ella ni modificaciones accidentales, ni pensamientos nuevos, ni voluntades sucesivas.

5.º De esto se deduce que *Dios* es inmutable, y esta inmutabilidad no es en el fondo mas que la necesidad de ser eternamente lo que es. «Yo soy el ser, dice, yo no cambio.» Malach., II, 6. « Vos cambiáreis, Señor, el cielo y la tierra como se muda un vestido; pero vos sois siempre el mismo, nada cambia en vos. » Ps. CI, v. 27 y 28. «Cómo conciliar esta perfección de *Dios* con sus acciones libres? Nada sabemos de esto; sin embargo, la libertad de *Dios* no está menos demostrada que su inmutabilidad, pues que ninguna causa puede determinar sus voluntades ni oponerse á sus operaciones.

6.º *Dios* crió pues el mundo libremente en el tiempo, sin que le ocurriera una nueva acción ó un nuevo designio; quiso desde la eternidad, y el efecto se siguió en el tiempo. El tiempo no empezó sino con el mundo; encierra la idea de revolución y cambio; *Dios* es incapaz de esto. «Confieso, dice S. Agustín, mi ignorancia sobre todo lo que precedió á la creación, pero no estoy menos convencido de que ninguna criatura es coeterna con *Dios*.» De civit. Dei, I, 11, c. 4, 5, 6; I, 12, c. 12, 14 y 16. Por lo tanto *Dios* no ha dado la existencia á las criaturas por necesidad ni por la necesidad de su naturaleza: libre, independiente, soberanamente feliz, se basta á sí mismo, nada puede perder ni adquirir; ningún ser puede aumentar ni disminuir su felicidad.

7.º En el criador el poder es infinito como todos sus atributos; ¿por qué causa ú obstáculo podría limitarse? No hay poder mayor que el que produce seres por solo su querer. *Dios*, á no dudarlo, no puede hacer lo que encierra contradicción, lo que repugna á sus perfecciones; en esto mismo es en lo que consiste la excelencia de su poder. Todas sus obras son necesariamente limitadas, porque nada criado puede ser infinito; haga lo que quiera, siempre puede hacer mas, puede criar otros mundos, hacer este mejor, aumentar hasta el infinito las perfecciones y la felicidad de sus criaturas, etc.

8.º La sabiduría preside á todas sus obras, *vio lo que había hecho y todo estaba bien*. Gén., I, 31: esto no significa que no podía hacerlo mejor. El Ser soberanamente inteligente y poderoso no hace nada sin razón; pero nuestras luces son demasiado cortas para ver sus razones: no sabemos mas que lo que se ha dignado enseñarnos.

Tales son los atributos de *Dios*, ó las perfecciones que llamamos *metafísicas*, para distinguir de los atributos *morales*, que establecen entre *Dios* y las criaturas inteligentes relaciones morales, que imponen por consiguiente á estas últimas los deberes para con *Dios*: tales son la bondad, la justicia, la santidad y la misericordia.

Dios, sin tener necesidad de ello, sacó de la nada á las criaturas: ha dado á todos los seres sensibles é inteligentes alguna medida de perfección, y algún grado de felicidad ó bienestar; las produjo todas por pura bondad, ha sido bueno, y lo es respecto de las mismas; las ha criado, dice S. Agustín, á fin de tener que hacer bien, *ut haberet quibus beneficeret*. Pudo hacerlas mas, podía tambien hacerlas menos sin derogar su bondad, pues que era dueño de sacarlas de la nada ó de dejarlas en ella. La condición mejor en que podía colocarlas, no prueba que sea un mal en ella que están, ni que sea un motivo de desgracia y puedan quejarse legítimamente.

La justicia de *Dios* es una consecuencia natural de su bondad; desde que produjo agentes libres, capaces de bien y mal moral, de vicio y virtud, no pudo, sin contradecirse, dispensarse de darles leyes, ordenarles el bien y prohibirles el mal, proponerles recompensas y castigos; este orden natural era tan necesario al bien general de las criaturas, como el orden físico del mundo: *Dios* no se nega bueno si no lo hubiese establecido. La circunstancia con que sostiene *Dios* este orden, se llama *santidad*, amor al bien, odio y aversión al mal.

Pero en el orden está que, respecto de una criatura tan débil como el hombre, la justicia no sea inexorable; así en nuestros libros sagrados *Dios* no deja de darnos testimonio de su *misericordia*, su paciencia respecto de los pecadores, la facilidad con que perdona el arrepentimiento; vemos nosotros el primer ejemplo de este respeto del primer culpable, *Dios* le castiga, pero le promete un *Relentor*.

Como no hay uno de los atributos de *Dios* contra el cual no hayan vomitado blasfemias los incrédulos, hablaremos de cada uno de ellos bajo un título particular; los probaremos por la Sagrada Escritura y por la conducta de *Dios*, y responderemos á las objeciones. No podemos concebir estos atributos divinos, sino comparándolos con los de nuestra alma, ni separarlos de otra suerte; esta comparación no es justa ni exacta, y el lenguaje humano no tiene expresiones propias segun la necesidad; de aquí la dificultad de conciliar estos atributos, y el cargo que nos hacen los incrédulos de hacer á *Dios* á nuestra semejanza. Pero ellos mismos están haciendo continuamente esta comparación ficticia, y en esto fundan todas sus objeciones. V. ANTHROPOLOGIA, ANTHROPOFISISMO, etc.

III. Por no haber admitido la creación, los filósofos no supieron demostrar en rigor la unidad de *Dios*; no conocieron la diferencia esencial que existe entre el Ser necesario, existente por sí mismo, eterno, increado, infinito, y el ser contingente, producido, dependiente y limitado. Es una equidad dar á uno y otro de estos seres el nombre de *Dios*: la distinción entre *Dios* supremo y los dioses secundarios ó subalternos; esto es ya un absurdo.

[M. de Lamennais hace observar, *Ensayo sobre la indiferencia*, que el nombre de dioses tenia entre los antiguos una significación muy extensa. Se daba á todos los seres que parecían haber recibido una participación mas abundante de la naturaleza ó de las perfecciones divinas. Se encuentra muchas veces empleado en este sentido en la Escritura. Los espíritus celestiales son llamados dioses santos en Daniel. La sombra de Samsuel, en el libro de los Reyes, en el Exodo y en los salmos, dada hombres vivos son llamados dioses. Nada, pues, debe deducirse de esta expresión contra los paganos, ni vituperarles siempre del uso que han hecho de ella; porque es incontestable que por lo mismo muchas naciones no solo adoraban á los espíritus malos, sino tambien á los buenos.

Es difícil creer que pueda uno entenderse á sí mismo cuando se dice que los paganos

unian á estos diversos espíritus la verdadera noción de la Divinidad. Reflexiónese bien: ¿no entra la unidad en esta noción? Sería, pues, necesario decir que los hombres creían en la pluralidad de un Dios único. ¿Se tiene una idea verdadera de este Dios, si no se concibe como infinito, eterno, soberanamente inteligente é independiente? Ciceron mismo responde que no, *De Nat. deorum*, lib. 1, c. 10, 11 y 12. Ahora bien; si hay alguna cosa averiguada, es que los dioses del paganismo formaban una vasta jerarquía de poderes limitados en sus atribuciones, y subordinados los unos á los otros. ¿Como se había de haber concebido cada uno de ellos como independiente? ¿Cómo esas divinidades superiores é inferiores, si son todas iguales, infinitas, no son mas que una sola y única divinidad? Seamos justos para con aquellos cuya críminal ceguera deploramos; jamás cayeron en esas grandes contradicciones, y se puede dudar con mucha razon de que un trastorno tan prodigioso del sentido humano haya existido ó sea posible que existiera.

Los escritores que hablan de las divinidades paganas nos enseñan cuáles eran el rango, las funciones y la naturaleza particular de cada una de ellas. Si se exceptúan las ficciones poéticas, no dicen nada que no esté conforme con la idea que tenían, y que nosotros mismos tenemos de los espíritus de diferentes órdenes; y cuando tratan de los dioses, si se busca en sus palabras la noción real de Dios, lejos de encontrarla, se verá que la excluyen terminantemente].

El título solo de *Criador*, título incomunicable, mina por el fundamento todos los sistemas de politeísmo y la noción de cualquier otro ser coeterno á Dios.

Efectivamente, pues que por sola su voluntad el Criador da el ser á lo que no existía; ¿por qué razon se admitiría una materia eterna? El Criador no tuvo necesidad de ella; si no es necesaria es contingente; es un ser creado. Una materia eterna, existente por necesidad de su naturaleza, sería independiente de Dios é inmutable como él; es un absurdo suponer que un ser que existe necesariamente pueda cambiarse; ahora bien; Dios ha limitado, dividido, arreglado la materia á su placer, y la dió la forma que le plugo.

Con mas razon el mundo no es eterno, porque Dios lo ha creado. Por lo tanto Dios no es el alma del mundo, como lo comprendían los estóicos; Dios, al crear el mundo, no se dió un cuerpo que no tenía antes de la creación, y del cual no tenia necesidad: Dios,

espíritu incorporado al mundo, sería afectado por las modificaciones que suceden en los cuerpos; no sería mas dueño del suyo que lo es nuestra alma dueña de aquel á quien está unida. Muchas veces este cuerpo la hace padecer y la impide obrar. Por esto mismo suponian los estóicos la Divinidad sumisa á las leyes del destino; comprendían que Dios, incorporado al mundo, no es ni todopoderoso, ni libre, ni feliz. V. ALMA DEL MUNDO.

Dios criador, que todo lo ha producido por solo su querer, no tuvo necesidad de inteligencias secundarias, espíritus subalternos para fabricar el mundo, como lo creía Platon, débil filósofo, que se dejó subyugar por el politeísmo popular. Si Dios dió el ser á esos pretendidos espíritus por un acto libre de su voluntad, son criaturas y no dioses; su criador es responsable de todos los defectos que sus obreros poco diestros pusieron en la fábrica del mundo, como si lo hubiese hecho por sí mismo. Si estos espíritus salieron de la sustancia de Dios, por emanación y sin su voluntad, son partes desprendidas de la sustancia de Dios; esta sustancia es compuesta, y Dios es un espíritu puro; á fuerza de desprenderse partes podría reducirse á la nada. Si por otro absurdo se hace salir esos espíritus del seno de una materia eterna, ¿quién les ha dado el poder de cambiarla y arreglarla á su placer?

Pues que, según Platon, el Dios supremo no tiene ni un poder sin limites, ni una entera libertad, sin duda las inteligencias secundarias gozan menos todavía de ellas; se han visto embarzadas en la construcción del mundo por los defectos anejos á la materia, y sujetas por consiguiente á las leyes del destino. ¿Nos atreveríamos á considerar á los hombres mucho menos poderosos que los dioses? En esta hipótesis química, el hombre, privado de libertad, no es susceptible de leyes morales, capaz de vicio ni de virtud; está subyugado por el instinto como los brutos. Bajo el yugo de una fatalidad inmutable, todos los seres son necesariamente lo que son: no hay ya ni bien ni mal. Así, para resolver la cuestion del origen del mal, los platonícos se sumían en un caos de absurdos.

Los filósofos orientales, seguidos por los marcionitas y los maniqueos, no libraban mejor admitiendo dos primeros principios coeternos, de los cuales el uno era bueno y el otro malo. Diga lo que quiera Beausobre, no era posible en esta hipótesis atribuir al hombre una libertad; no podía ser dada ni por el bueno ni por el mal principio, pues que ni

uno ni otro eran libres por sí mismos; si los maniqueos suponían el libre albedrío del hombre, era en su sistema una contradicción grosera. V. MANIQUEISMO.

Admitiendo un Criador todopoderoso, libre, independiente, la dificultad originada por la existencia del mal que ha aturrido á todos los filósofos es mucho mas fácil de resolver. El mal de imperfección viene de la misma naturaleza de todo ser criado, esencialmente limitado, y por consiguiente imperfecto; el mal moral, cuyos padecimientos son el castigo, es el abuso de la libertad; y si el hombre no fuera libre, no habría ya ni bien ni mal moral. El bien y el mal son términos puramente relativos de los que no se juzga sino por comparación; los filósofos han hecho mal en tomarlos en un sentido absoluto: de aquí su embarazo y sus errores. V. BIEN Y MAL.

En los diversos sistemas de que acabamos de hablar, la providencia era un término abusivo. Los estóicos imponían con él al vulgo llamando providencia al destino ó la fatalidad; en la hipótesis de los dos principios, era un combate perpetuo entre dos poderes, de los cuales el mas fuerte llevaba la victoria; según la creencia popular seguida por los platonícos, el Dios supremo, adormecido en la ociosidad, no se mezclaba en nada, y sus lugartenientes se avenían mal; ya uno, ya otro decidía de la suerte de los hombres, para con los cuales concebía cierto afecto u odio. Ninguno de estos racionadores comprendía que el Criador, que todo lo ha producido y arreglado por solo su querer, lo gobierna todo con igual facilidad, que todo lo ha previsto, resuelto y arreglado desde toda una eternidad, sin perjudicar á la libertad de sus criaturas. Su providencia es la de un padre: *Dux, Pater, providentia gubernat. Sap.*, xiv, 3.

Nos importa pues muy poco examinar si entre los antiguos filósofos hay algunos que admitieran un solo Dios y en qué sentido. La cuestion esencial es el saber si se puede citar uno de ellos que haya admitido un solo gobernador del universo, un solo distribuidor de los bienes y de los males de este mundo al que el hombre solo deba dirigir sus votos, su culto y homenajes. Ahora bien, no se encuentra una sola; y cuando este dogma sagrado fué anunciado por los judíos y por los cristianos, fué atacado y puesto en ridículo por los filósofos.

Sin embargo, no debemos vituperar á los PP. de la Iglesia, que probaron á los paganos la unidad de Dios por los pasajes sacados de

los filósofos mas célebres; era un argumento personal y sólido, porque los paganos tenían su vanidad en que su creencia había sido la de los sabios de todas las naciones; era pues necesario probarles lo contrario. Muchos modernos han hecho lo mismo, como el sabio Huet, *Quest. Aneq.*; Cuiworth, *Syst. intell.*, l. 1, c. 4, § 10; M. de Burigny en su *Teología de los paganos*, etc.; debemos estarles muy agradecidos. Pero las variaciones, las incertidumbres y las contradicciones de los filósofos nos dejan siempre, acerca de sus verdaderos sentimientos, en una duda que es imposible disipar. [Reprobo este punto véase el pensamiento reproducido de M. Frayssinous. Este apologista dice que entre los antiguos la idea de un Dios, soberano Señor de los demás dioses conocidos por los hombres, estaba extendida entre los sabios, y aun entre el vulgo, mas comunmente que se cree.]

Se adelanta tal vez mas de la noción vaga de un solo Dios que siempre ha subsistido y subsiste todavía entre las naciones politeístas mas ignorantes y groseras. Algunos escritos de nuestros días han reafectado las pruebas; nos parecen concluyentes; pero sería necesario casi un volumen para recopilarlas.

IV. La noción de un Dios criador es la prueba incontestable de una revelación primitiva. Con efecto, ¿cómo los antiguos patriarcas, que no habían cultivado la filosofía, que no habían meditado ni sobre la naturaleza de las cosas ni sobre la marcha del mundo, tuvieron de Dios una idea mas verdadera, mas augusta y mas fecunda en consecuencias importantes que todas las escuelas de filosofía? ¿De dónde la sacaron sino de las lecciones que Dios mismo dió á nuestros primeros padres? ¿Aun cuando la Historia Sagrada no nos atestiguara por otra parte dicha revelación, se probaría por esta misma noción.

En segundo lugar, ¿cómo, á pesar de la inclinación general de todas las naciones hacia el politeísmo y á pesar de su pertinacia para perseverar en él, conservaron no obstante una idea confusa de la unidad de Dios? Es preciso, ó que esta idea haya sido grabada en todos los entendimientos por el mismo Criador, ó que fuese un resto de tradición que se remonta hasta el origen del género humano, porque se encuentra en todos los tiempos así como en todos los países del mundo.

En tercer lugar, ¿cómo los filósofos, que tomian atacar la religion dominante y el politeísmo establecido por las leyes, profesaron á veces esta misma verdad? No les vino por-

el raciocinio, porque siempre que raciocinaron sobre la naturaleza divina se extraviaron; es preciso que la recibieran de los antiguos sabios, porque se encuentra con mas claridad entre los primeros filósofos que entre los últimos, entre los chinos, los indios, los caldeos y egipcios, que entre los griegos. A medida que estas naciones se ilustraron y civilizaron, su creencia se hizo absurda y su religion mas monstruosa; luego en ellas la verdad precedió al error, y esta verdad no pudo venir sino de Dios. V. PAGANISMO.

Sin embargo, los incrédulos nos dicen que es admirable que Dios esperara mas de dos mil años desde la creación, antes de revelarse á los hombres; que es probable que la primera religion del género humano es el politeísmo; que á pesar de la precandida revelación dada á los hebreos por Moisés, no tuvieron de la Divinidad mas que ideas groseras é imperfectas; que le consideraron como un Dios local, nacional, lleno de parcialidad y de caprichos, tal como todas las naciones concebían sus dioses; que bajo el Evangelio mismo, los cristianos no tenían de él una idea mas exacta, porque le representaban como á un señor injusto, engañador, duro, mucho mas terrible que amable. Estos cargos son bastante graves para merecer una discusión seria.

4^o Lejos de esperar dos mil quinientos años antes de darse á conocer, la Escritura Sagrada nos atestigua que Dios se reveló de viva voz á nuestros primeros padres. Segun el Eclesiástico, xvii, 5 y siguientes, « Dios les llenó de la luz de la inteligencia, les dió la ciencia del espíritu; dotó su corazón de sentimiento; les manifestó el bien y el mal; les hizo brillar sus ojos sobre sus corazones, á fin de que viesen la magnificencia de sus obras, que bendijese su santo nombre, que le glorificasen por sus maravillas y la grandeza de sus obras. Les prescribió reglas de conducta, y les hizo una alianza eterna, les enseñó los preceptos de su justicia, vieron el brillo de su gloria, y fueron honrados por las lecciones de su voz; les dijo: Huid toda iniquidad; mandó á cada uno de ellos velar sobre su prójimo. » No es pues por necesidad de sistema por lo que suponemos una revelación primitiva.

Este hecho esencial se encuentra confirmado por la historia que hizo Moisés de la primera edad del mundo, y de la conducta de los patriarcas. Vemos en ella que conocieron á Dios como criador del mundo, padre, bienhechor y legislador de todos los hombres sin excepción, fundador y protector de la sociedad natural y doméstica, árbitro soberano de la

suerte de los buenos y de los malos, vengador del crimen y remunerador de la virtud. Le adoraron solo. El primero que habló de dioses ó de ídolos, mas de mil años despues de la creación, fué Laban, y es tenido por un hombre perverso. Gén., xxix, xxx, xxxi. Para significar un hombre de bien, esta historia dice que marchó con Dios ó delante de Dios, Gén., v. 22, 24; xvii, 1, etc. Llama á los justos hijos de Dios.

En sus prácticas de religion, nada hay de absurdo, de indecente ni de supersticioso; nada que se asemeje á las abominaciones de los politeístas; en su conducta, nada contrario al derecho natural, relativo al estado de sociedad doméstica. ¿Quién dió á esos primeros habitantes de la tierra una sabiduría tan superior á todo lo que apareció despues en las naciones mas célebres!

Por lo tanto es falso que el politeísmo haya sido la religion de los primeros hombres; todavía mas falso que la revelación no empezara sino en la época de Abraham ó de Moisés; empezó por Adán. Si la religion primitiva hubiese sido obra de la razon humana, el fruto de las reflexiones filosóficas se hubiese perfeccionado sin duda alguna como los demás conocimientos, se habria hecho mas pura á medida que los hombres se hubiesen instruido; ha sucedido lo contrario. La Sagrada Escritura nos manifiesta los primeros vestigios del politeísmo entre los caldeos y egipcios, dos pueblos que pasaron por los mas ilustrados del universo. Este abuso provino del olvido de las lecciones de nuestros primeros padres, de la negligencia del culto divino que les estaba ordenado, de las pasiones desatregadas.

2^o El primer depósito de la revelación no se habia perdido absolutamente entre los hebreos; cuando apareció Moisés, le habian heredado de sus antepasados; Moisés no hizo mas que renovarle y ponerle por escrito. En Egipto les habló del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el único que estos patriarcas conocieron. Les recordó la historia de estos grandes personajes, y las promesas divinas atestiguadas por los huesos de José que conservaban sus descendientes. Sin este preliminar esencial, los hebreos no hubieran dado, la menor fe á la mision de Moisés.

Si les hubiese representado á Dios bajo rasgos desconocidos para sus padres, ¿le habrían escuchado? Les dice que Dios les habia elegido para su pueblo particular, y queria darles mas gracias que á los demás; pero no les dijo que Dios abandonaba á los demás, cesaba de velar por ellos y hacerles bien.

Por el contrario, antes de castigar á los egipcios por su crueldad, Dios recompensa á las mujeres prudentes que no quisieron tomar parte en ellas. Exod., i, 17, 21. Por medio de las plagas de Egipto queria Dios enseñar á los egipcios que él es el Señor, vii, 5, etc. Su designio era pues ilustrarlos, si hubiesen querido abrir los ojos. Cuando Faraon prometió poner en libertad á los israelitas, Moisés rogaba á Dios que hiciera cesar los azotes y era oído, viii, 8, etc. Si hay una verdad que Moisés profesara constantemente, es la providencia de Dios sobre todos los hombres y sobre todas las criaturas sin excepción.

Pero esta Providencia general y bienhechora con respecto á todos es dueña de conceder á un hombre ó á un pueblo la medida de dones que le place, tanto naturales, como sobrenaturales. Los que derramó sobre los judíos en nada disminuyeron la porción de los demás pueblos, y estos habrían recibido mas, si hubiesen conocido á Dios. ¿En dónde está la parcialidad, la injusticia que los incrédulos le echan en cara á causa de la elección que hizo de la posteridad de Abraham? Ellos mismos se creen mas sabios, mas ilustrados y mas sinceramente virtuosos que los demás hombres, y se alaban de ello; sin duda de Dios es de quien recibieron esta superioridad de mérito: ¿ha sido injusto ó caprichoso tratándolos mejor que á los demás hombres?

Lejos de poner al Dios de Israel á la par que los dioses de las demás naciones, Moisés llama al verdadero Dios el que es; los otros no existen, no son nada; son dioses ó mas bien demonios imaginarios, dioses nuevos desconocidos para los patriarcas. Deut., xxxii, 17, 21, etc. Los incrédulos hablan del Dios de los judíos sin conocerle, de su religion sin haberla examinado, de Moisés y de sus escritos sin entenderlos, y muchas veces sin haberlos leído.

3^o Sobre estas dos revelaciones anteriores está fundado el cristianismo; fué anunciado á los hombres desde la creación por la promesa de un Redentor. Gén., iii, 15. Jesucristo declaró que no habia venido á destruir la ley ni los profetas, sino á cumplirlas. Mat., v, 17. Predicó el mismo Dios, y le dió á conocer mejor; la misma moral y la perfeccionó; el mismo culto, pero le hizo menos grosero y mas análogo al estado y al genio de los pueblos civilizados. Este divino Maestro no borró ni un solo rasgo bajo el cual fué conocido Dios de los patriarcas; no separó ni un solo precepto de la ley moral; no suprimió ninguno de los signos de adoración que todos los hombres pueden practicar; no alteró sino lo que no estaba

de acuerdo con el estado actual del género humano.

Los incrédulos abusan de todos los términos, cuando dicen que Dios es injusto, porque desde la creación no favoreció con igualdad á todos los pueblos, y hace mas bien á los unos que á los otros; que es caprichoso, porque no los gobernó en su infancia, como los dirigió en una edad mas madura, y que hace marchar la obra de la gracia al paso que la de la naturaleza; que es terrible y no amable, porque castiga el crimen á fin de corregir á los pecadores, y ejerce su justicia sobre los que rehusan sus misericordias. Quisiéramos saber de qué suerte debería presentar Dios á los ojos de los incrédulos, para que le juzgasen digno de recibir sus homenajes.

Por lo que respecta á nosotros, que hacemos profesion de conocer á Dios según se ha dignado revelarse, admiramos el plan de providencia que ha seguido desde el principio del mundo hasta nosotros, y que Jesucristo nos ha manifestado; solo vemos en el sabiduría, bondad, justicia y santidad, y nos sentimos obligados á servir á Dios por reconocimiento y por amor. V. RELIGION, REVELACION.

DIOS DE LOS PAGANOS. V. PAGANISMO.

Dipticos. Término griego que siempre significa *doble, plegado en dos*. Era un catálogo doble, en uno de los cuales se escribía el nombre de los vivos, y en el otro el de los muertos, de los que se debía hacer mención en el oficio divino. Correspondía al *memento* de los vivos y al *memento* de los muertos, que forman parte del cánon de la misa. Se borra de este catálogo el nombre de los que incurrian en la herejía: era una especie de excomunión.

Es bueno recordar que no se recibía el nombre de los muertos únicamente para honrar su memoria, sino que se añadan oraciones para su salvación eterna; lo sabemos por la manera con que Tertuliano y S. Cipriano hablan de él en el siglo III. Las oraciones por los difuntos no son pues una invención nueva, como dicen los protestantes.

Basnage, *Historia de la Iglesia*, lib. 18, c. 10, § 1, dice que la Iglesia de los dos primeros siglos no conocía los *dipticos*; dice que Hegesipo fué el que dió lugar á este uso hácia el año 170, erigiendo el catálogo y la sucesión de los obispos de los lugares por donde viajaba, y con especialidad de los de Corinto y de Roma; hé aquí probablemente lo que dió lugar á recitar en la liturgia el nombre de estos obispos, añadiendo despues el de los fieles. Si S. Juan Crisóstomo pensó que este uso provenía de los apóstoles, es que, segun

del estilo de su siglo, creyó que una costumbre establecida por entonces en toda la Iglesia era de institución apostólica. Hé aquí cómo, sobre una simple conjetura, recusán los protestantes el testimonio de los autores mas respetables.

Dodwel, mejor instruido, ha hecho ver, *Disseri. Cyprian.*, 3, que el uso de los *dipticos* es tan antiguo como la Iglesia cristiana, y que provino probablemente de los judíos; que S. Ignacio, mártir, hace alusión de ellos en muchas de sus cartas, lo mismo que el autor del Apocalipsis, y que este uso sirve para hacernos conocer el verdadero sentido de muchos pasajes del nuevo Testamento.

Convenimos con Basnage en que el estilo del siglo IV era referir á los apóstoles todas las instituciones que se observaban entonces generalmente en la Iglesia: esto prueba contra los protestantes que estos ritos y costumbres no eran nuevas instituciones, como dicen; que los obispos del siglo IV no se creyeron con derecho para cambiar á su placer lo que se había practicado antes de ellos; que entonces ya se había establecido la máxima establecida después por san Agustín, *l. 4, de Bapt. contra Donat.*, c. 24, n. 31:

«Hay razon para creer que lo que ha sido observado por toda la Iglesia, que no fué instituido por los concilios, sino siempre practicado, no viene de otra parte mas que de la autoridad de los apóstoles.» Asi nada es mas frívolo que el argumento repetido sin cesar por los protestantes: tal rito, tal uso no se ve en ningún monumento anterior al siglo IV; luego se estableció en aquella época.

Concedemos también á Basnage que la accion de poner el nombre de un difunto en los *dipticos* no era una canonización; pero no concedemos á Dodwel que se recibían los nombres de los difuntos en la liturgia, únicamente á fin de dar gracias á Dios por ellos, y no para encomendarlos á Dios: probáremos lo contrario en el artículo MEERTS.

Director de conciencia. Hombre que se supone ilustrado y virtuoso, á quien consulta un cristiano sobre su conducta y cuyos consejos y decisiones siguen. Como un confesor es reputado el *director* de sus penitentes, se confunden comunmente estos dos términos.

Sin tratar de dar lecciones á nadie, podemos observar cuán difícil y temible es esta funcion. Quanto mas sabio ó instruido sea un *director*, mas temerá el dar falsas decisiones á los que le consulten, no conocer suficientemente el carácter personal de los que está encargado de dirigir, y no observar un me-

dio prudente entre el rigorismo exagerado y la relajacion. S. Gregorio dice con razon que la direccion de las almas es el arte de las artes, por consiguiente el mas difícil de todos; pero si fuese necesario para ejercerle que un hombre estuviese exento de todos los defectos de la humanidad, ninguno seria tan temerario que se encargase de él.

Sin embargo, Dios ha querido que los hombres fuesen dirigidos por otros hombres, los pecadores santificados por pecadores, y que los mismos santos estuviesen sumisos á guías mucho menos virtuosos que ellos.

Disciplina eclesiástica. Es evidente que la palabra latina *disciplina* significa el estado de los *discipulos* respecto de su maestro. Como Jesucristo estableció á sus apóstoles como pastores y doctores de los fieles, estos les deben docilidad y obediencia; y como por otra parte los maestros deben el ejemplo á sus *discipulos*, tienen que observar ciertas reglas para el éxito de su ministerio. Asi la *disciplina de la Iglesia* es su policia exterior, por lo que respecta á su gobierno; se funda en las decisiones y cánones de los concilios, en los decretos de los Papas, en las leyes eclesiásticas, en las de los principes cristianos y en las costumbres y usos del pais. De lo que se deduce que los reglamentos, sabios y necesarios en un tiempo, no eran de la misma utilidad en otro; que ciertos abusos ó ciertas circunstancias, casos imprevistos, etc. han exigido muchas veces nuevas leyes, otras que se derogaran las antiguas, y por último otras que se abolieran por falta de uso. También ha sucedido que se introdujeron, toleraron y suprimieron costumbres; lo que introdujo necesariamente algunas variaciones en la *disciplina* de la Iglesia. Asi la *disciplina* presente de la Iglesia, respecto de la preparacion de los catecúmenos al bautismo, del modo de administrar este sacramento, de la reconciliacion de los penitentes, de la comunión bajo las dos especies, de la observancia rigurosa de la cuaresma y sobre otros muchos puntos que sería largo enumerar; no es en el día la misma que fué en los primeros siglos de la Iglesia. Esta madre sabia ha atemperado su *disciplina* á ciertas circunstancias, pero su espíritu no ha cambiado; y si algunas veces se ha relajado esta disciplina, se puede decir que desde el concilio de Trento principalmente se ha trabajado con éxito en su restablecimiento. Tenemos, sobre la *disciplina* de la Iglesia, una obra célebre del P. Tomassino del Oratorio, titulada: *Antigua y nueva disciplina de la Iglesia, respecto á los beneficios y*

beneficiados, en la que hace entrar casi todo lo que hace relacion al gobierno eclesiástico, y de la cual M. Hericourt, abogado en el parlamento, ha dado un compendio, acompañado de observaciones sobre la libertad de la Iglesia galicana.

La *disciplina* corresponde mas de cerca al derecho canónico que á la teología; así nosotros no la debemos considerar sino con relacion al dogma, y limitarnos á manifestar la sabiduria con que la Iglesia se ha conducido siempre con respecto á esto.

El saber si los prelados de la Iglesia recibieron de Jesucristo el derecho y autoridad de hacer leyes de *disciplina*, es una cuestion que trataremos en la palabra LEYES ECLESIASTICAS.

En punto á *disciplina*, es preciso distinguir los usos que pertenecen á los dogmas de la fe, de los que atañen solo á la policia exterior: ahora bien; todo lo que concierne al culto divino tiene una relacion directa con el dogma. Para saber, por ejemplo, si el uso de honrar á los santos, sus imágenes y sus reliquias es laudable ó supersticioso, es preciso examinar si Dios lo ha prohibido ó no, si derogó ó no el culto supremo debido á Dios: es una cuestion de dogma y no de pura policia. Para decidir si es permitido ó no el reiterar el bautismo administrado por los herejes, ó las órdenes que dan, es preciso saber si estos sacramentos administrados por ellos son nullos ó válidos. Nosotros no podemos afirmar que la comunión bajo las dos especies es necesaria ó indiferente; á menos que no sepamos si Jesucristo está ó no entero bajo cada una de las especies consagradas, etc.

No sucede así con los usos de pura policia. La ley impuesta á los primeros cristianos, por los apóstoles, de abstenerse de la sangre y de las carnes sofocadas, las pruebas á las cuales se sometían los catecúmenos antes del bautismo, la costumbre de prohibirles la asistencia al santo sacrificio antes de recibir este santo sacramento, de dar á los niños la comunión inmediatamente después del bautismo, de someter los pecadores escandalosos á la penitencia publica, etc., son leyes de simple policia, no interesan al dogma, pudieron ser útiles en un tiempo y poco convenientes en otro; han podido alterarse sin inconveniente. En este caso la tradicion ó el uso de los siglos anteriores no hace ley; pero es preciso atenerse á la tradicion en todo lo que concierne al dogma de cerca ó de lejos.

A veces una costumbre que no estaba unida al dogma en si misma, se encuentra adherida á él por la pertinacia de los herejes. Así,

cuando los protestantes atacaron la ley de la cuaresma, bajo pretexto de que la abstencion de las carnes es una supersticion judaica, y de que la Iglesia no tiene derecho para imponer á los fieles ayunos ó mortificaciones; cuando exigieron la comunión bajo las dos especies, sosteniendo que es necesaria para la integridad del sacramento; cuando los socinianos vilupieron el uso de bautizar los niños, porque, segun su opinion, el bautismo no produce mas efecto que excitar la fe, etc., mezclaron el dogma con la *disciplina*, y estas dos cosas se hicieron inseparables. Es evidente que en estas circunstancias la Iglesia no podría alterar su *disciplina* sin dar á los herejes una ventaja, de la cual abusarian para establecer sus errores.

Quando se trata de saber si tal punto de *disciplina* es mas ó menos antiguo, el argumento negativo no prueba nada absolutamente; porque en último resultado la falta de pruebas positivas no es una prueba, y el silencio del autor no es lo mismo que su testimonio. Durante los tres primeros siglos de la Iglesia, los pastores, lejos de escribir y publicar las prácticas del culto y la *disciplina* del cristianismo, las ocultaban á los paganos; no hablaron de ellas sino cuando se vieron obligados á hacerlo para responder á las calumnias de sus enemigos: ¿qué prueba pues el silencio que han guardado sobre los ritos y usos que se observaban entonces? Así cuando los protestantes ó sus copistas vienen á decirnos: No se ve ningún vestigio de tal uso antes del siglo IV; luego no se remonta mas allá de esta época, es un raciocinio falso. Hay una prueba positiva general que suple á la falta de las pruebas particulares, á saber: la regla seguida siempre en la Iglesia de no innovar nada sin necesidad, y de atenerse á la tradicion y á la práctica de los siglos anteriores. En el tercero, cuando los obispos de Africa quisieron reiterar el bautismo administrado por los herejes, se fundaban sobre argumentos teológicos mas aparentes que sólidos: entonces el Papa S. Esteban les opuso la tradicion: *Nihil innovetur nisi quod traditum est*. En el siglo II, S. Ireneo argüía de la misma suerte. En la cuestion de *disciplina* respecto á la celebracion de la Pasqua, los obispos del Asia se fundaban en su tradicion, y los occidentales les oponían la suya; no terminó la disputa sino en el concilio general de Nicea, y el uso del mayor número de iglesias fué el que decidió. Luego no se creía en el siglo IV, que fuese permitido inventar y establecer nuevos ritos, un nuevo culto, usos y costumbres desconocidos desde los apóstoles.